

quisiese hacernos por medio de una mujer tantos bienes como es saltar por cima de todas las leyes de la naturaleza, prendarse de una virgen y unir su incompreensible majestad á una criatura tan vil y baja como el hombre?» Oh virgen incomparable, por tu medio vieron y recibieron los pobres los tesoros de la divina bondad. Así es que apenas los vieron, protestaron solemnemente con el real profeta que la tierra estaba llena de las misericordias del Señor. Tú ayudaste á los pecadores á buscar á Dios y los hiciste encontrar la salud, y entonces se vieron obligados á confesar delante del cielo y de la tierra que si no hubiera venido á socorrernos el Verbo divino apiadándose de nosotros y encarnando en tus purísimas entrañas, estábamos perdidos, como que nos hallábamos ya á la orilla del precipicio é íbamos á caer en el infierno.

§. IV.—Segundo título por el cual la Virgen santísima tiene derecho á la calidad de reparadora del linaje humano y madre del siglo futuro.

El segundo título es por haber ofrecido su hijo á la muerte.

I. Los santos padres no se detienen en este primer título y no pueden consentir que se la llame reparadora solamente por haber dado al mundo el reparador, sino que considerando á la Virgen como madre y esposa del padre del siglo futuro reconocen en ella cierto poder, por el cual junto con un consentimiento libre y resuelto de entregar á su hijo y esposo por nosotros cooperó de una manera especialísima á nuestra salvacion y redencion. Esto me trae á la memoria el hecho referido en el capítulo IV del Exodo, donde se dice que cuando Moisés iba á Egipto con su mujer y sus hijos por mandato expreso de Dios, se le presentó un ángel con espada en mano y amenazó matarle. Viendo Séfora que corría peligro la vida de su marido porque aun no estaba cir-

cuncidado su hijo Eliezer, segun habia ordenado el Señor, cogió una piedra aguda y circuncidó al niño. Hecho esto tiró á los pies de su marido el prepucio ensangrentado y le dijo: «Tú eres para mí un esposo de sangre.» Algunos opinan que la pena de ver á su hijo chorreando sangre le hizo proferir estas palabras; pero otros creen mas probablemente que fueron una expresion cariñosa y que equivalió á decirle: «Amigo mio, sin mí eras perdido; pero yo te he rescatado y te he adquirido á costa de la sangre de este niño inocente.» Sea de esto lo que se quiera, á mí me parece que la Virgen tenia mucho mas motivo para decir á nuestro Señor que era para ella un verdadero esposo de sangre y que tambien ella podia llamarse con justísimo título una esposa de sangre, pues estaba obligada por el decreto eterno de Dios á entregar su hijo y su esposo á la muerte y su matrimonio no podía consumarse sino con efusion de sangre.

II. Para comprender mejor lo que quiero decir, habrá que recordar lo declarado en el capítulo anterior del poder como natural que nuestra señora tenia sobre el Salvador su único esposo, y mucho mas del poder absolutamente natural que tenia sobre él como verdadero y legítimo hijo suyo. A este poder no perjudicaba nada la persona divina del Verbo encarnado, porque así como no rebajaba nada la calidad de madre, tampoco disminuía de ningun modo los derechos maternales, que le conservó siempre el Salvador con todo cariño y sumision. Y no piense alguno atajarme con la respuesta que Jesus dió á su madre en las bodas de Caná diciendo: *Mujer, ¿qué tengo yo contigo* (1)? Porque le pondré delante la autoridad irrecusable de muchos graves doctores, de san Agustin (2), S. Gregorio Niseno (3), S. Gregorio Mag-

(1) Joan. II.

(2) Trat. 49 in Joan. et lib. Apostoli: Tunc erit et ipse sub-

de fide et symbolo, c. 4.

(3) Orat. in illud dictum

subjectus etc.

no (1), S. Bernardo (2), santo Tomás (3) y otros, que sostienen no haber sido proferidas por el Salvador como reprendiendo ó queriendo sustraerse de la obediencia y respeto debido á su madre, sino por empezar á dar pruebas de su divinidad y hacer ver á los asistentes que el milagro solicitado por su madre dependia absolutamente de la naturaleza divina; en lo cual no estaba sujeto á aquella. Pero en el hecho de que hablamos no es así, porque teniendo en todo rigor de su santa madre la vida que habia de dar, y la naturaleza humana que iba á padecer, ella tenia derecho sobre las dos, y así como nadie podia atentar contra la una ni la otra sin ofender á María y vulnerar su derecho; así ofreciendo ella aquella vida divina y aquella sacratísima humanidad daba una cosa que le pertenecia con todo el poder que una madre puede adquirir por naturaleza.

III. En este punto como en todos tuvo una perfecta conformidad en voluntad y afecto con el Padre eterno, de suerte que el padre y la madre de comun acuerdo consintieron en la muerte de su hijo y le entregaron para nuestra reparacion. Por esta consideracion le apropia S. Antonino de Florencia aquellas palabras que dijo S. Pablo de Dios padre: «Ni á su propio hijo perdonó, sino que le entregó por todos á la muerte.» Por el mismo motivo S. Buenaventura le atribuye estas bellas palabras de S. Juan: «De tal manera amó al mundo, que dió su unigénito hijo por nuestra salud.» S. Bernardino le aplica estas palabras de la iglesia: «¡Oh admirable condescendencia de la misericordia del padre y de la madre del bendito Jesus para con nosotros! ¡Oh inefable rasgo de caridad del uno y del otro, que por redi-

(1) Lib. 8, epist. 42. post Epiphan.
 (2) Serm. 4 et 2 dominic. 4 (3) in illud Joan.

mir al esclavo entregaron su propio hijo á la muerte por el sumo amor que nos tenían!» Yo cuantas veces pienso en esto, conozco que se entenece mi corazón con las compasivas palabras que el real profeta pone en boca del Salvador: *Fuí echado en tus brazos desde la matriz* (1); ó segun el texto original: *Yo he sido como un niño expuesto desde el vientre de mi madre*; porque á medida que salia de su seno, me presentó para ser inmolado como una víctima de reconciliacion. Siempre que pienso en esto, quedo absorto por la admirable y santa conformidad de las tres voluntades que causaron nuestra felicidad, el Padre como padre y rey de todas las cosas dando á su hijo, el Hijo como pontífice sumo entrando en el santuario para derramar su sangre y sacrificarse á sí mismo, y la Virgen como madre y esposa entregándole y como sacrificadora presentándole á Dios. Siempre que pienso en esto, se me viene á la imaginacion la alta consideracion de S. Bernardo, el cual asegura (2) que habiendo Dios resuelto redimir el mundo puso el precio del rescate en manos de la santísima Virgen. Esto me hace creer que es muy probable lo que enseñan algunos graves teólogos; á saber, que presupuesto (porque nuestros pensamientos son libres) que el Padre eterno no hubiese tenido voluntad determinada de entregar su hijo á la muerte por librar á los pecadores, el mandato solo de su madre hubiera bastado para hacerle emprender todo lo que hizo por orden de su padre. Con efecto si se meditan bien las palabras de san Bernardo, facilitan mucho la inteligencia del dictámen de algunos, que opinan que la Virgen alentó al Salvador cuando su desamparo absoluto á emprender aquella trabajosa jornada, para que nuestra segunda madre

(1) Salmo XXI.

(2) Serm in Sign. magn.

reparase completamente las faltas de la primera, y así como esta había inducido el primer hombre á la transgresion del precepto divino y por consiguiente había procurado la ruina de sus hijos, así aquella diese el impulso á nuestra reparacion rememorando al segundo Adam los urgentes motivos que tenia de concluir la obra comenzada.

IV. Ahora como todo este discurso se endereza á ponderar el mérito de la oblacion de la Virgen santísima, para hacerlo con mas peso es de notar que cinco cosas dan precio y valor á una ofrenda; es á saber, la persona que la hace, la que la recibe, la cosa ofrecida; la dificultad que hay para hacerla, y el ahinco que se pone en cumplirla. Todas estas cosas concurrieron en el corazon de María para formar un piélago de méritos. Empezando por el primero, importa no poco de qué mano viene el presente que se hace: Dios se complació en el sacrificio de Abel y despreció el de Cain. S. Pablo dice (1) que la persona del Salvador fué de tanta consideracion y respeto, que el Padre eterno no pudo desoir sus súplicas. En fin es voz comun de los teólogos que la satisfaccion fué de un precio inestimable y de un mérito infinito. No pienso igualar con él á su madre; pero si me atrevo á decir que era mas agradable á Dios que todas las otras criaturas y por consiguiente que si bien su ofrenda no era de un mérito infinito por su respecto, tenia un precio y valor inestimable.

V. En cuanto á la persona que recibió la ofrenda, puedo decir en dos palabras y con toda verdad que en esto no tuvo menos ventaja que su hijo, porque la presentó al eterno Padre, á quien se ofreció en sacrificio Jesucristo. Lo mismo digo de la ofrenda, porque la del

(1) Ad hebr. V.

hijo y la de la madre era la misma, á saber, la vida del cordero sin manecilla, que tenia un precio infinito por cuanto no subsistia sino en la persona divina, que la hacia infinitamente agradable á Dios. En cuanto á la dificultad que hubo para este acto, lo dejo para el párrafo siguiente: solo ruego al devoto lector que oiga de paso á tres hijos de los mas queridos de la Virgen, á quienes se les parte el corazon cuando contemplan que tiene que consentir en la muerte de tal hijo. Meditando S. Bernardo sobre los dos pichones que María ofreció por su hijo en el dia de la Purificacion, dice así (1): «A mi me parece que esta ofrenda es bastante delicada, porque no se trata mas que de llevarle al templo y redimirle con dos aves de infimo precio; pero tengamos un poco de paciencia, porque llegará tiempo en que esa madre afligida no padezca por ofrecerle en el templo por mano del anciano Simeon, sino que será llevado fuera de la ciudad para ser inmolado en la cruz. Allí fué redimido con dinero; aquí redimirá á los otros con el precio de su sangre: el primer sacrificio fué el de la mañana; el segundo será sangriento y el sacrificio de la tarde.» Arnulfo de Chartres, amigo íntimo del mismo S. Bernardo, dice poco; pero sus palabras son muy acertadas. «No eran voluntades, dice (2), ni dos sacrificios el del hijo y el de la madre, sino que ofrecian á Dios el mismo holocausto, dando el uno la sangre de sus venas y el otro la de su corazon; lo cual me hace creer que tuvieron tambien un mismo efecto, á saber, la salud del mundo.» «No hay duda ninguna, añade S. Buenaventura (3), de que la Virgen santísima quiso entregar su hijo por nuestra salvacion y que conformó en todo y por todo su voluntad y

(1) Serm. 3 de Purificat.

(3) In 1 dist. 48, q. 2.

(2) De laudibus Mariæ.

afecto con los del Padre y el Hijo. Esta caridad no ha de tocarse ligeramente; pero sería mucho mas conveniente considerar el honor y amor que merece de nosotros por haber ofrecido tan francamente su hijo á la muerte: ella se hubiera alegrado de redimirle sufriendo todos los tormentos de su dolorosísima pasión (1).

VI. Pasemos al último capítulo, que es la generosidad y alegría con que la Virgen acompañó su sacrificio. Para comprenderlo habria que comprender la capacidad de su noble corazón, porque no hay duda que ella le ofreció con toda la grandeza de sus afectos. «Nunca nos amará nadie tan ardientemente, dice el citado S. Buenaventura (2), como esta señora, que queriendo á su hijo con un amor inestimable y mas sin comparacion que se amaba ella á sí misma, le entregó por nosotros á la muerte.» Cuenta santa Matilde en su libro de la gracia divina que un dia vió ir á un serafín á saludar á la santísima madre de Dios y postrarse á los pies de ella tributándole este homenaje en memoria del amor que habia abrasado su pecho, y de que habia dado prueba venciendo toda especie de afectos humanos y naturales, permaneciendo firme é inmóvil con Dios solo entre el duelo y conmocion de todas las criaturas y viendo con gozo á su hijo padecer el doloroso martirio de la cruz.

(1) Adición de la madre María J. Blemur. — «Ella estaba de pie junto á la cruz: atormentábase un extremo dolor; pero ella le moderaba de suerte, que no manifestaba mas que grandeza y fortaleza. Por esto dice S. Ambrosio que María llenó siempre perfectamente su dignidad y que en Jesús agonizante no tanto miraba la muerte

de su hijo, cuanto la salvacion del mundo, por el cual daba ella una vida que le correspondia por tantos títulos, una vida que le era mas cara que la suya propia. Así fué adornada de la fortaleza y caridad de los mártires y dió mas que su vida ofreciendo la de su hijo y esposo.»

(2) Serm. 4 de B. Virg.

VII. El devoto Gerson considera (1) que la Virgen entonaba entonces interiormente un cántico que él llama canticordio, viendo padecer por nuestra salud al amado de sus entrañas y al único objeto de sus ansias y ofreciéndole con un gozo de espíritu que vencía las angustias de la carne, por cumplir á la letra lo que dice la Escritura: que Dios tiene por agradable el presente que se le ofrece con un corazón gozoso. Lo mismo dice el docto Abulense (2) observando que la Virgen cuando la pasión de su hijo era movida de un afecto indecible á buscar nuestra salvacion por la abrasada caridad de que el Espíritu Santo habia inflamado su corazón; de suerte que viéndole padecer recibía un consuelo inefable, porque por este medio llegaba mas allá de sus deseos. Por otra parte sin embargo tenía el corazón traspasado de la agudísima espada del dolor sintiendo en lo vivo lo que padecía aquel inocente cordero, á quien habia criado y á quien amaba mil veces mas que á su propia vida; de modo que al mismo tiempo experimentaba en su alma un raptó de alegría que no se puede expresar, con una tristeza que excede la capacidad de todo entendimiento criado. Así como en la Armenia el río Tigris atraviesa con tanta fuerza el lago de Aretusa, que rompe la presa y pasa adelante, pero sin confundir sus aguas con las del lago; de la misma manera el esfuerzo del consuelo que la Virgen recibía por la libertad de los hombres, levantaba extraordinariamente su espíritu; pero sin alterar ó minorar en nada el dolor que sentía por aquella muerte; ó mejor dicho, á la manera que en el monte Olimpo la cumbre está tranquila y serena, mientras que en la falda caen escarchas, relampaguea y true-

(1) In Canticordio, tit. 2. (2) In c. IX Deuter. quæst. 4. part. 3 Alphab.

na y descargan recias tormentas, así sucedia en el alma de aquella santa señora, cuya parte superior, enteramente unida á la voluntad de Dios, gozaba de una quietud y contento inefables, aun cuando la parte sensible estaba abismada en las turbaciones y amarguras de la muerte. Pero no nos toca á nosotros saber lo que son tales angustias: eso conviene solamente á la madre de Dios y á su querido hijo, el cual entre los dolores y tormentos de su muerte estaba como anegado en un gozo tan abundante, que hollaba los desprecios, los improperios, las penas y los suplicios.

VIII. Y si la madre de los Macabeos, si las santas Felicitas y Sinforsosa, madre cada una de siete hijos mártires, si las de S. Meliton, S. Sinforiano, S. Mayorico, san Barula y otras tuvieron valor no solo para ver con ojos enjutos la muerte de sus hijos, sino para animarlos al combate con su varonil continente y sus ardientes discursos; ¿no sería una especie de impiedad dudar de la constancia y resolucion de la madre de Dios? Si el patriarca Abraham mereció con los elogios de toda la posteridad que se conservase inmortal su memoria en los archivos del Espiritu Santo por el acto heróico de haber intentado el sacrificio de su hijo; ¿qué diremos de aquella que excede en grandeza al antiguo patriarca, mas sin comparacion que este superó á los hombres flacos y tímidos?

IX. Pero á propósito del sacrificio de Abraham mi mente me sugiere dos ó tres consideraciones, que no son impertinentes. La primera es que se movió una disputa sobre saber quién mostró mas valor y tuvo mas mérito delante de Dios, si Abraham que quiso sacrificar á su hijo, ó Isaac que se dejó atar y se presentó libremente á ser víctima. Los que propusieron esta cuestion, la decidian en favor del anciano padre por va-

rias razones (1). La primera, porque Abraham queria mas la vida de su hijo que la suya propia tanto por haberle sido dado de una manera milagrosa en su vejez como por ser el único de su amada Sara y el mozo de mejor índole de la tierra. La segunda, porque él penetraba mas que su hijo la importancia de su vida, como que de ella dependia el cumplimiento de todas las promesas que le habia hecho Dios. La tercera, porque durante tres dias y tres noches habia tenido presente la imágen cruel de aquella muerte sin serle posible apartar el pensamiento de tan doloroso objeto. La cuarta por las graves tentaciones que habia padecido, habiéndose rebelado muchas veces la naturaleza contra la resolucion del espiritu; y como observan algunos doctores hebreos, se le apareció el diablo en figura humana para disuadirle de la bárbara crueldad (asi la llamaba él) que iba á cometer; con lo que quieren concordar algunos estas palabras de S. Pablo en su epístola á los hebreos: Por la fé ofreció Abraham á Isaac cuando fué probado (2). Inocente Isaac, la risa de tus padres, dulce Jesus, verdadera víctima que fuiste ofrecida por nuestros pecados, tu santa madre está bien distante de querer disputar contigo la ventaja del mérito de tu muerte y de la firmeza de tu resolucion; así no es mi ánimo poner en parangon tus méritos con los suyos: yo los venero como infinitos y emanados de una persona divina; pero pues tú solo conoces hasta dónde llegaron el valor y el mérito de tu desconsolada madre, creo llevarás á bien que yo pregone en todas partes que el mundo no vió jamás tal firmeza; que todos los ángeles quedaron absortos; y que nunca el Padre celestial aceptó nada de mejor gana despues de la

(1) Perer., Genes., XXII disputat. 15.

(2) Cap. XI.

ofrenda que tú hiciste de tí mismo, que la confianza de ese corazón diamantino, que se mantuvo imperturbable en medio de las borrascas producidas en él por tu muerte.

X. En segundo lugar se pregunta por qué Dios detuvo á Abraham y no dejó que consumara el sacrificio. Entre muchas razones que algunos ingenios eximios aducen, el elocuente S. Ambrosio toca, aunque de paso, una (1) muy digna de consideracion; á saber, que la voluntad de inmolar un hijo por un motivo de piedad y religion es tan superior á la capacidad ordinaria de la criatura, que Dios quiso reservarse esa gloria con exclusion de otro cualquiera. Pero aquí como en todo lo demás hay que exceptuar siempre á la Virgen santísima, que es singular en todos sus privilegios, porque habiéndole Dios hecho la gracia de tener un mismo hijo con él, ¿por qué habia de tener dificultad en unir el consentimiento de su madre con el suyo, para que el don que hacia al mundo, fuese en todos puntos completo y acompañado de la conformidad de dos voluntades, de que dependia aquel presente singular? Por mí estoy tan lejos de dudarlo, que al contrario me persuado absolutamente con muchos autores graves á que mediando una señal nada mas de la voluntad de Dios, habria tenido ella mas valor sin comparacion que Abraham, habria estado pronta á cumplir el decreto de Dios acerca de su hijo no obstante el tormento de su corazón, y hasta el último aliento habria perseverado en todos los deberes y servicios que hubiese deseado Dios de ella: tan cara le era nuestra salvacion y el cumplimiento de la voluntad divina. Conciba quien pueda una cosa mas grande y noble: yo me abismo en la capacidad de este corazón, y me parece que no puede ir mas allá el de un-

(1) De Abraham, cap. 8.

simple criatura. Bien sé que el mismo S. Ambrosio apunta en otro lugar otra consideracion (1); por qué Dios detuvo el brazo de su siervo Abraham mas bien que el de Jefe: pero la omito, porque no hace á mi intento.

XI. Alguno pudiera preguntar en tercer lugar por qué habiendo Abraham inmolido á su hijo solamente con la voluntad, Dios se creyó tan obligado al sincero y ardiente amor del patriarca, que no parece sino que le faltaban el poder y los medios para premiarle como deseaba. Le prometió la victoria de sus enemigos, una descendencia mas dilatada que las estrellas del cielo y las arenas del mar y que de su linaje naceria el que habia de ensalzarla infinito, esto es, el Mesías esperado; por último una bendicion acompañada de toda la dicha imaginable así para él como para los suyos; y todavía parece no quedar satisfecho de sí mismo: tanto se habia complacido con aquel rasgo de fidelidad, obediencia y amor. Siendo esto así, ¿quién nos dirá lo que mereció delante de Dios el sacrificio de la virgen Maria, distinguido con todas las circunstancias de que he discurrido hasta aquí? ¿Qué debió de hacer en pago de tal acto el que no se dejó vencer nunca en liberalidad y fidelidad? ¿Juzgareis acaso que ponderan demasiado los que afirman haberse hecho tan agradable á Dios, que sin hablar de lo que le fué concedido para ella misma, mereció por congruencia para nosotros lo que el Salvador llevó por justicia y condignidad (2)? Veo que este punto vendrá mas á propósito en el discurso siguiente.

(1) De virgin., l. 9. núm. 213 etc.

(2) Salazar cap. 8 Proverb.